



# APUNTES SOBRE LA SEGREGACIÓN I. SILENCIAR AL APESTADO<sup>1</sup>

Sergio Campbell

Recordar, trasladar la memoria hasta mayo de 1957 cuando Lacan nos entrega su, un tanto anacrónica hoy, *ley de segregación urinaria*<sup>2</sup> para grabarnos a fuego lo que de ahí devino enseñanza: que la segregación está en la lengua<sup>3</sup>. Podríamos decir ahora que de ahí, de la lengua, parte, y como un virus<sup>4</sup>, infecta toda actividad humana. También podríamos seguir el hilo de Lacan, y recordar cuando en 1967, en su *Discurso a los psiquiatras*, empieza hablando del loco y termina hablando de la segregación como el precio a pagar por el avance de la ciencia; y un año después, en la *Proposición sobre el pase*, cuando habla de los campos de exterminio. Pero, ¿hace falta trasladar la memoria tan lejos, en el tiempo y en la geografía? ¿Será que es más fácil hablar de lo que está lejos y no nos concierne directamente, salvo como humanidad?

Recordar, trasladar la memoria hacia los primeros días del golpe militar de 1976. Sí, porque hablar de segregación obliga a la primera persona, a la experiencia propia. ¿Cómo abordar si no - en un país que hizo desaparecer a 30.000 personas, que llevó adelante un plan sistemático de apropiación de niños - un tema como la segregación para ubicarla en el plano que me interesa, en tanto practicante del psicoanálisis, a saber, la lengua?

Decir la segregación, hablarla, experimentarla en el cuerpo, más precisamente en la garganta. El segregado pierde, antes que nada, la voz, la palabra. El segregado no puede hablar; habla, pero no es escuchado; sus palabras se convierten en ruido, circulan por fuera del código. Nada de lo que diga será escuchado, o mejor, sí será escuchado, pero como desecho; sus palabras tendrán el valor de quien la enuncia, y el valor del segregado es igual a cero. La palabra del segregado es tomada “como de quien viene.”<sup>5</sup> Entonces calla. El silencio obligado lleva a una especie de muerte en vida. El segregado, si habla, habla a los muros. Imaginen a una palabra dicha estallar contra una pared. Estallar, no rebotar, si la palabra rebotara tendríamos allí un eco. La

---

<sup>1</sup> Tal como se indica con el título, se trata de apuntes, con lo cual, se señalará bajo el nombre de apertura, los posibles desarrollos que se pudieran realizar de diferentes fragmentos del presente texto.

<sup>2</sup> J. Lacan, *La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud*, Escritos I.

<sup>3</sup> **Apertura I.** Decimos un tanto anacrónica a partir de la salida del “closet” de las disidencias sexuales que hizo estallar dicha ley.

<sup>4</sup> W. Bourroghs describió al lenguaje como un virus venido del espacio exterior; desde la topología lacaniana resulta difícil diferenciar el exterior del interior, sobre todo cuando *lalangue* es la que opera.

<sup>5</sup> **Apertura II.** Como de quien viene es el modo de dejar sin efecto a la palabra del otro. Como ejemplo, puede tomarse el cuento de García Márquez, “Sólo venía a llamar por teléfono”.





palabra del segregado es una palabra sin eco, y una palabra sin eco es una palabra que no llega al otro, es la palabra de uno solo. En la antigua Grecia le llamaban *idiote* al que sólo se interesaba en el interés de lo propio; es decir, negaba su condición de ciudadano por elección, ya que en la polis griega, el ciudadano era el que se ocupaba de los asuntos de la polis. En el tiempo, y gracias a eso que Borges definió con tanta precisión y belleza, la palabra fue mutando su significado original y tuvo su descanso en la siguiente definición: idiota: la lengua de uno solo. Pero la diferencia, la gran diferencia estriba en que en la antigua Grecia, el *idiote* lo era por elección propia; el segregado no elige, a menos que ignoremos el entramado de poder que se pone en juego en el sencillo acto de hablar.

Si la segregación está en la lengua, la segregación se filtra en la cotidianeidad de la gente; quiero decir, la segregación nos envuelve en tanto la lengua nos envuelve. Habría entonces una imposibilidad estructural, en tanto estamos hechos de lenguaje, de no segregar; pero estar advertidos nos permite hacer algo con eso. Me gustaría comenzar por algo que nos resulta familiar, cercano, y por eso mismo espeluznante: durante la dictadura militar, una frase comenzó a circular por el aire, y como un virus pacificador fue invadiendo los cuerpos, los cuerpos individuales, pero también el cuerpo social. El cuerpo social pacificado, adormecido por el virus, permitió que 30.000 personas fueran desaparecidas, que se robaran sistemáticamente bebés, que se quemaran libros y se acallara la protesta. La frase en cuestión: “algo habrán hecho”. Esa frase vino a reemplazar a otra más antigua: Yo, argentino, como si ser argentino implicara una indiferencia natural ante los problemas políticos del país. Yo, argentino significaba yo no me meto. La nueva frase era más feroz, más incisiva, si algo habían hecho, que afronten las consecuencias, por lo tanto, yo no tengo por qué meterme; yo, argentino. Algo habrán hecho, funciona como un juicio apodíctico, se trata de una verdad inexcusable que no admite discusión, es incondicionalmente cierto, necesariamente válido, y ahí está el meollo del asunto y el por qué traerla a cuento de la segregación. Si se trata de una verdad que no admite discusión, entonces no hay nada de qué hablar, es decir, el acusado no puede decir nada, y si lo dice, su palabra no tiene valor porque “algo hizo”. Podría creerse que esa frase ha caído en desuso; sin embargo no es así; cuando el año pasado<sup>6</sup> el gobierno nacional tomó la decisión de que Gendarmería controlara calles y colectivos, frente a la reacción de algunos sectores, pudo escucharse y leerse: “Si no tenés nada que esconder, no tenés por qué preocuparte”.

---

<sup>6</sup> Año 2018.





Es decir, si no hiciste nada... el algo habrán hecho sigue funcionando de diferentes maneras. Mientras escribo estas líneas, otros ejemplos del “algo habrán hecho” se me agolpan, empujan para abrirse paso, para ocupar su lugar en el texto: esos recuerdos quieren decir algo, no quieren ser silenciados, segregados. Voy a darles su lugar, voy a abrirles el paso y que digan, que hablen por ellos mismos; voy a ponerles la alfombra roja, el piso por el que se desplazarán para decir sus incomodidades. Pues bien, el suelo no es otro que una frase atribuida a San Francisco de Sales: “El camino del infierno está empedrado de buenas intenciones”. Ahora sí, el recuerdo: en mayo de 1998 publiqué un artículo en la Revista de ADIUC (Asociación de docentes e investigadores universitarios de Córdoba) titulada *El octavo sello del apocalipsis* donde enlazaba, y voy a volver a hacerlo ahora, el “algo habrán hecho” con las campañas basadas en la “moral y las buenas costumbres” para combatir al SIDA y decía allí:

La moral, es la que permite que el Estado decida proteger al infectado con una supuesta confidencialidad que nunca se cumple pero apunta a pasar de la censura a la autocensura. En vez de castigar a aquél que, por ejemplo niega un puesto de trabajo a un portador del virus (que no es un enfermo de SIDA, sino portador del VIH), se legisla para que no se exija el análisis en los exámenes prelaborales. Nadie está obligado a declarar su enfermedad. Pero ¿cómo se las arregla alguien que tiene que tomar 20 pastillas al día a diferentes horas para pasar desapercibido? La supuesta protección se convierte en condena, condena a vivir en las catacumbas, en la mentira y el oprobio.

¿Qué diferencia existe entre “nadie está obligado a declarar su enfermedad” y el jurídico “nadie está obligado a declarar en su contra”? Si bien muchas cosas han cambiado en estos años, el nudo central de lo expresado en ese momento se mantiene incólume<sup>7</sup>. La ley de protección de identidad sigue vigente y el prejuicio de “Algo habrán hecho” (los infectados) también. Una de las campañas de aquel momento decía: “Avisá”. Es decir, nadie está obligado, pero avisá, porque el SIDA nos afecta a todos. En la Alemania nazi, los judíos estaban obligados a avisar: llevaban una estrella amarilla pegada al pecho. Si usted, a sabiendas de que el otro es judío, elige juntarse con uno de ellos, bueno, después no se queje de las consecuencias. ¿Qué valor tenía la palabra de un judío en la Alemania de Hitler? ¿Qué valor tenía la palabra de un gitano en la Alemania nazi? ¿Qué valor tenía la palabra de un negro en los EEUU racistas que hasta el día de hoy, de tanto en tanto se manifiesta revulsivamente? ¿Qué valor tenía la palabra de los homosexuales en los consultorios de los analistas que, de antemano los consideraban perversos?<sup>8</sup>

Al volver la democracia se dio vuelta la taba y otros “algo habrán hecho” aparecieron. Así por ejemplo, los que lograron sobrevivir a las mazmorras de la dictadura, se convirtieron *ipso facto*

<sup>7</sup> Lo que ha cambiado son los cocktails de medicación, la que hace a la calidad de vida del paciente y a la posibilidad de “no decir” de su enfermedad. Lo que sigue igual es la mantención de una ley que empuja al silencio, para evitar la segregación, la ley apunta a la auto segregación.

<sup>8</sup> El psicoanálisis, como agente de segregación será un apunte en sí mismo.





en colaboradores y entregadores de compañeros. Si sobrevivieron es porque... “algo habrán hecho”. Y el efecto: si colaboraron, ¿Quién garantiza que no lo sigan haciendo? Mejor mantenerse alejados de ellos. Así, los sobrevivientes se convertían en leprosos, apestados por el virus de la complicidad. Algo hicieron y por lo tanto su palabra vale lo que vale la palabra de un traidor. También en aquellos años sensibles, cuando el gobierno democrático comenzó el juicio a las Juntas militares y entonces circuló por los grandes medios lo que antes circulaba en pequeños círculos, permitió que apareciera la figura del “servicio”; si se quería desacreditar a alguien, bastaba con acusarlo de “servicio” e inmediatamente se formaba el círculo de vacío a su alrededor. Y los círculos se multiplican, tanto, que a veces se forman intersecciones, pero eso no es lo importante, lo importante es la expansión de la segregación, el cumplimiento de aquello que afirmó Lacan: la segregación como un precio a pagar. Y lo peor, que en menor o mayor medida, lo pagamos gustosos. Todos segregamos y somos segregados porque vivimos, como dice Byung Chul Han, en la sociedad de la transparencia<sup>9</sup>.

Aquí estamos, somos muchos los leprosos que nos desplazamos por los ríos silenciosos de la vida cotidiana. En la medida que se van refinando los mecanismos de dominación, somos cada vez más. La palabra que estalla contra el muro lleva la marca del ruidoso silencio.

Todos los ejemplos dados hasta ahora, anclan en el pasado; sin embargo no han perdido vigencia, acaso tal vez se hayan perfeccionado. Las redes sociales, como fenómeno nuevo, no ha hecho más que refinar procedimientos antiguos; la operación es la misma, sólo que más eficaz por la replicación inmediata, es decir, la viralización. La utilización de las redes instala verdades inmediatas, irrefutables por la propagación. El escrache digital, por ejemplo, realiza la tarea de acallar al escrachado, y así, de esta manera sutil, el poder se horizontaliza y se disemina, o si se quiere, se rizomatiza y, curiosamente, la transparencia invisibiliza, porque como dice el dicho, la mejor manera de esconder a un elefante es rodearlo de elefantes, o como demuestra Lacan con el cuento de Edgar Allan Poe, la mejor manera de mantener oculta la carta, es dejarla a la vista. Y los medios, cómo no mencionar a los medios hegemónicos que instalan verdades sin ninguna ética periodística, llevando al paroxismo lo enunciado por Marshall McLuhan: “El medio es el mensaje”. Verdades como consignas: “se robaron todo”, es apenas un ejemplo de una práctica segregativa de masas.

---

<sup>9</sup> Apertura III. Retomar la segregación desde la perspectiva de la Sociedad de la transparencia donde lo que prima es el panóptico digital y la instauración de una nueva subjetividad: la del sujeto emprendedor.



Antes de avanzar, cómo no recordar a William Burroughs, el poeta Beatnik diciendo que el lenguaje es un virus venido del mundo exterior; y cómo no recordar al adorable y odiado Señor Smith, de The matrix cuando le da una magnífica lección a Morfeo, el dios de los sueños, pero también por qué no, el que duerme, el que cierra los ojos a la realidad. Despertarlo del largo sueño del humanismo es lo que hace el Sr. Smith, abrirle los ojos acerca de la porquería que somos los seres humanos: somos un virus. Somos y portamos el virus, doble figura que nos ubica, otra vez Lacan, como sujetos escherianos en la banda de Moebius. Somos la banda y caminamos por ella. Portamos el virus de manera asintomática, pero el poder se encarga de transparentar y positivizar al virus y a su portador. El virus que portamos, y cuya enfermedad sintomática es la segregación, es el que desde hace unos años se conoce como pensamiento positivo, pero que en realidad no tiene nada de nuevo, es el juicio apodíctico, el juicio necesariamente válido. Sin embargo, es interesante mantener lo de pensamiento positivo por la trampa que lleva en su seno. Pensamiento positivo no significa un pensamiento optimista – aunque así se enuncie - sino como un pensamiento ante hegeliano, es un pensamiento sin contradicción, que se detiene en el primer paso: la afirmación. Fulano es “servicio”, mengano es puto, zutano tiene sida y hoy, por qué no, perengano tiene Covid. Los efectos son inmediatos, y las disculpas, si llegan, siempre llegan tarde, porque uno de los efectos del acto segregador es la cristalización del sujeto. En el acto segregador, un tropezón sí es caída.

Al iniciar este escrito, la pandemia actual no estaba en el horizonte, era inimaginable, razón por la cual resulta difícil negarle la condición de acontecimiento, reafirmando, una vez más, ciertas precisiones de Lacan respecto al proceso y su contraparte, el acto; el acto, como todo acto, instala un antes y un después, sólo que, ¿quién puede predecir el después?

Vivir en la incertidumbre permite, paradójicamente, tener algunas certidumbres; los mecanismos denunciados por Byung Chul Han, antes de sumarse a la troupe de gurús eurocentrados que se lanzaron a predecir el día después, se aceitan y la maquinaria se pone en marcha: la sociedad de la transparencia de la era digital, con la virtualización de la vida no hace más que exponenciar la rizomatización del control, y por ende, de la segregación, porque allí donde funciona el control se dispara la segregación.

Luego del atentado (o autoatentado) de las torres gemelas, el mundo cambió, y resignamos libertad por seguridad. Cambiaron definitivamente los protocolos en los aeropuertos y viajar ya no volvió a ser lo mismo. Esos no lugares se convirtieron en el escenario de novelas de misterio donde



todo aquel de rasgos diferentes (¿diferentes a quién, al modelo ario de bondad?) se convierte en sospechoso de querer terminar con nuestro modo de vida occidental y cristiano. No sólo se resigna libertad por seguridad sino que se le da rienda suelta al segregador que todos llevamos dentro. Ahora, quedados en casa, arrojados a la vida virtual, aislados de los cuerpos, el panóptico digital se expande como un virus y nos atraviesa; pero la virtualidad necesita de ese otro espacio para sostenerse, al menos por ahora, y por eso aparecen los puntos de fuga, como los aplausos al personal de la salud, que nos cuida, y también su contracara, los carteles anónimos en los ascensores. Médicos, enfermeros, trabajadores de hospitales se convierten, mutan de héroes en villanos, en segregados. Ni hablar de los infectados, que son cercados, aislados, no ya por cuestiones sanitarias sino por el poder segregador del miedo. Porque en definitiva el fondo oscuro de la segregación es el miedo, el miedo a “lo otro” pero que, a diferencia del “estadio del espejo” donde el otro se constituye en amenaza, la amenaza de “lo otro” es la posibilidad de convertirnos en eso otro. El pánico que provoca el zombi o el vampiro es que por medio de su mordedura podemos convertirnos en eso otro. Lo otro, eso en lo que podemos devenir, es lo que nos coloca por fuera de la masa y a la vez nos masifica.

El rechazo a lo otro es el rechazo a la diferencia, y al rechazarla, se rechaza el conflicto, por eso es que el pensamiento positivo es ante hegeliano, se detiene en el momento de la afirmación y forcluye la negación, elimina el conflicto. De ahí que en la sociedad de la transparencia se eleve al estatus de ideal “el consenso”; el consenso es la negación del disenso, es decir, del conflicto. El que no “consensua” se convierte en “lo otro”. Puede ser terrorista, pecador, delincuente, pedófilo, asesino o loco, y la conversión llega al ser. El que mató una vez será un asesino para siempre. Valga como ejemplo el film “El hombre del bosque”. No hay redención posible, un tropezón es caída, cristalización del ser. Ser, y no estar, dictadura del verbo, del cual Lacan estuvo advertido, y por lo cual inventó tantos neologismos para perforarlo.

Cuando el miedo se instala, la segregación se legitima, y antes de ser segregado, ante el miedo a ser segregado, es preferible convertirse en segregador. Parece ser que siempre es preferible renunciar a grados de libertad y alimentar al Moloch que alguna vez De La Boetie llamó la servidumbre voluntaria; convertirse en siervo del monstruo totalitario, antes que víctima sacrificial; o mejor quizás, decir el monstruo del “totalismo”. Segregar entonces, forma parte de la ambición de totalidad, si entendemos esa totalidad como el ejercicio imposible que supiera regalarnos Borges con su “Libro de todos los libros”. Incompletud del simbólico, podríamos decir,



sí, pero no por eso el poder renuncia al intento de la construcción total; claro que siempre aparece ella, la rebelde que se niega a tomar la pastilla de la felicidad<sup>10</sup>, aparece la grieta, la fisura en la pared, el síntoma como mostración de lo que no anda. Frente a esa aparición surge su contraparte: el aparato segregador, pues hay que pensarlo de ese modo, como un aparato que, no está en otro lado que en la lengua. El aparato es el aparato discursivo, a la vez que es también ahí donde lo otro emerge, la palabra distinta, el eco que resuena y debe ser acallado. Es lo otro que me habita lo que debo mantener acallado, y cuando aparece frente a mí, segrego al otro para acallar lo otro.

Retomemos lo del precio a pagar, retomemos a Lacan y a Freud. El 14 de enero de 1970, Lacan nos dice: “¿De dónde salen esos términos que atrapan con nombres propios, que nos hace llamar masoquismo a esto, sadismo a esto otro? Cuando ponemos esos ismos nos situamos al nivel de la biología”. Pero incluso en la naturaleza podemos encontrar un límite a la afirmación de Lacan, toda vez que la biología nos remite a la naturaleza, la naturaleza es puesta en cuestión: los camarones comienzan su vida como machos y súbitamente se transforman en hembras. Tras la transformación se reproducen con aquellos que aún no se han transformado y siguen siendo machos. El binarismo de la lengua nos empuja a llamar machos y hembras, pero vemos que esa mutación habla de otra cosa que no puede encerrarse en una palabra u otra. Así, al camarón lo hacemos pasar de macho a hembra y nos perdemos el movimiento.

La construcción de “ismos” produce y reproduce la segregación pero, ¿de dónde salen esos ismos? Ensayemos una respuesta. En el film documental “La caverna de los sueños olvidados”, de Herzog, hay una escena muy particular donde muestran un dibujo rupestre sobre una roca colgante. Según nos cuentan, esa ilustración sería la parte inferior del cuerpo de una mujer, similar a las estatuillas de principios de la edad de piedra encontradas en las excavaciones en el Jura de Suabia, en Alemania. Pero, al verla de atrás, puede notarse la presencia de un bisonte que tiene algo parecido a un brazo humano, y que la estaría penetrando. 30.000 años después, agrega la investigadora, el mito se ha mantenido y a la relación de la mujer con el toro podemos verla en los cuadros de Picasso. Otro miembro del equipo agrega intentando dar una explicación que nos lleva directamente al corazón del problema y que nos remitirá a Freud.

La gente tradicional y yo, creemos que la gente del paleolítico tenía probablemente algunos conceptos, dos, que cambiaron nuestra visión del mundo: Fluidez y permeabilidad.

La fluidez significa que las categorías que tenemos, hombre, mujer, caballo, árbol, etc., pueden cambiar. Un árbol tal vez hable, un hombre puede transformarse en animal, y al revés.

---

<sup>10</sup> Referencia a “Un mundo feliz” de Aldous Huxley.





La permeabilidad significa que no hay barreras entre el mundo en el que estamos y el mundo del espíritu. Una pared puede hablarnos, aceptarnos o rechazarnos. Si ponemos juntos ambos “conceptos”, podemos darnos cuenta de lo diferente que la vida debió ser para esa gente comparada a la forma en que vivimos ahora.

La fluidez y la permeabilidad eran posibles, en esos agrupamientos primitivos, porque aún no estaba el logos<sup>11</sup>. Esta mención a los pueblos primitivos nos lleva a Freud. En numerosas oportunidades ha comparado a los pueblos primitivos con los niños y con los neuróticos; con los niños, al decir que los primitivos son a la humanidad, lo que el niño es al individuo; y con los neuróticos ya que en la enfermedad sería “lo infantil” que retorna, podríamos agregar nosotros, como “lo otro”. Vamos a citarlo. En Tótem y tabú:

Hallamos entonces que tanto temporalmente como por su contenido corresponden la fase animista al narcisismo, la fase religiosa a la de la elección de objeto caracterizado por la fijación de la libido a los padres y la fase científica a aquel estado de madurez en que el individuo renuncia al principio de placer, y subordinándose a la realidad, busca su objeto en el mundo exterior.

Nos interesa resaltar la homologación de la fase científica con el estado de madurez, ya que precisamente Lacan hará referencia al avance de la ciencia. ¿Qué podríamos decir para realizar un cierre parcial de un trabajo en curso? Que el pasaje de la fase animista a la científica a través de la religión no es otra cosa que el avance y cristalización del logos. El logos separa. Antes del logos, fluidez y permeabilidad, con el logos como sistema de referencia, la separación. Si antes del logos la unión del toro y la mujer era posible, en tanto no se trataba estrictamente de una mujer y un toro, con el logos se convertirá, pues ya existe la separación y cristalización de las especies, en una aberración sexual. La separación que opera el logos, cristaliza y segrega. Pensarlo de esta manera, tal vez nos permita darle un sentido más acabado al título de uno de los grabados de Goya: “Los sueños de la razón produce monstruos”.

## APERTURA I. Heteronormatividad signficante.

Si mal no recuerdo, pues yo no había nacido, fue en *Vita Nuova* donde Dante, describiendo su sentimiento de amor, embelesado por Beatriz, pronuncia su tan mentado *nomina sunt consequentia rerum*, “el nombre es consecuencia de las cosas”; es decir, el nombre, no sólo nomina sino que describe a la cosa. Así, Beatriz no podía llamarse de otra manera porque ella era no la imagen de la beatitud sino la beatitud misma, del mismo modo que “tan dulce al oído es el nombre de Amor, que imposible me parece que su influencia no sea dulce en todo, como quiera que los nombres respondan a las cosas denominadas: *Nomina sunt cosequentia rerum*.”

---

<sup>11</sup> Me refiero aquí al logos griego, en el sentido más amplio y el más estricto; el logos como razón y como principio ordenador; el logos como cristalización del “ser”.







Se decía en esa época que al momento del bautismo, Dios le soplabla el nombre y así el nuevo miembro del rebaño era nombrado de acuerdo a la sapiencia divina. No es otro el comienzo de la Biblia en el cual Dios va nombrando y las cosas empiezan a existir. El soplo divino no es otra cosa que el acto de nombrar. Desde el principio de los tiempos entonces, la palabra da existencia a la cosa, la moldea, hace que la cosa sea de tal manera y no de otra. Sin embargo, la frase de Dante nos abre otra posibilidad, de que la cosa imponga el nombre. La cosa como causa y el nombre como efecto. Porque la cosa es así, es que así se llama, y no podría llamarse de otra manera. Al derecho o al revés, la cosa y su nombre van juntas, están indisolublemente unidas, incluso aunque sea de manera arbitraria como lo plantea De Saussure. Podríamos detenernos en el debate sobre los universales, en particular en la posición de Plotino<sup>12</sup> y Agustín<sup>13</sup> que, adelantándose al conceptualismo, afirmarían que los universales están en la mente de Dios. De esa manera es que podría soplar al oído del padre el nombre de su hijo.

El 8 de marzo de 1977, Lacan se siente empujado a Dante y menciona la frase citada para retrucar: “no sólo los nombres no son la consecuencia de las cosas sino que podemos afirmar expresamente lo contrario.” ¿Qué significa expresamente su contrario, que las cosas son consecuencias de su nombre? Si no fuera porque minutos antes dijo en latín: *nomina non sunt consequentia rerum*, nos lo podríamos haber preguntado con toda legitimidad, lo que abriría otro campo de problemas.

Lo que tenemos entonces es que los nombres no son consecuencia de las cosas, lo que nos remite a mayo de 1957, más precisamente a su *texto La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud*, donde introduce la “Ley de segregación urinaria”, que es presentada luego de desarmar e invertir el signo saussureano. Lacan invierte el signo, pone la palabra árbol arriba, y debajo de la barra el dibujo del árbol; después de presentar dicha inversión nos entrega otro dibujo: Caballeros Damas, arriba, y abajo el dibujo de dos puertas iguales, con un pequeño detalle: la barra es una sola, con lo cual tendríamos arriba dos significantes diferentes y abajo, la duplicación de un significado: “el imperativo que parece compartir con la gran mayoría de las comunidades primitivas y que somete su vida pública a las leyes de la segregación urinaria.” La razón por la que traemos aquí la Ley de segregación urinaria es porque, por un lado introduce la noción de que la segregación está en la lengua, y porque el ejemplo de la ley de segregación

---

<sup>12</sup> Plotino, filósofo griego, fundador del neoplatonismo.

<sup>13</sup> Agustín de Hipona, canonizado en el año 1298.





urinaria implica una declaración de sexo: frente a la necesidad de ir al baño, quien se encuentra en un lugar público (que vela por el no encuentro heterosexual) debe asumir un sexo o el otro. Uno u otro y, agregamos, solo dos, sólo esos dos: hombre o mujer. A ese imperativo se refiere Lacan, al imperativo de asumir un sexo, u el otro. Sólo dos.

Puede notarse que aquí, en este momento, Lacan utiliza la palabra segregación para definir algo intrínseco a la lengua, algo bastante diferente a cómo la utilizará diez años después: el precio a pagar. Sin embargo, con este ejemplo podría realizarse un bucle: la segregación es el precio a pagar ante el imperativo de la declaración de sexo.

La ley de segregación urinaria nos muestra entonces por un lado, esa segregación que está en la lengua, pero además, que esa segregación es binaria: al significante frío se le opone caliente, sin tomar en cuenta lo tibio; a negro se le opone blanco, sin tomar en cuenta el gris. A hombre se le opone mujer, sin tomar en cuenta... ¿Qué? Tibio y gris serían intermedios. Entre hombre y mujer, ¿cuál sería el intermedio?

Si los baños públicos obligan a una declaración de sexo, la salida del closet de la diversidad sexual obliga a repensar los closets, y sobre todo a repensar la lengua. Hace unos años, uno de los baños de la Facultad de psicología rezaba: Baño mixto, y tenía debajo las figuras del hombre y la mujer. Alguien señaló que la cuestión también estaba en la mirada porque a esa figura se le podía otorgar otro sentido, y es verdad sólo que, esas imágenes funcionan como signos y no como significantes.

La búsqueda de un modo más apropiado de nombrar la diversidad ha pasado por diferentes momentos, pasando por la utilización de @, de la X y ahora la E para marcar ahí, una cierta indiferenciación en la lengua que incluya a la diversidad. ¿Se trata efectivamente de un lenguaje inclusivo? Y si lo fuera, ¿se trata de incluir qué a dónde? Tiendo más a pensar en que la operación es muy otra, creo más bien que se trata de una subversión del lenguaje, porque allí donde se segrega, la *e* bombardea el binarismo e instala la confusión aboliendo la declaración de sexo. Mientras los baños públicos siguen sosteniendo el binarismo, el lenguaje, más dinámico que las instituciones avanza hacia la indeterminación de sexo.

## APERTURA II. Clasificaciones y poder.

María de La luz Cervantes sufrió una avería en su coche en el desierto de Monegros. Luego de una hora de señas a los automovilistas, el chofer de un colectivo destartalado se apiadó de ella y





aceptó llevarla. Lo que María no sabía, era que su vida cambiaría para siempre. Así podríamos resumir el comienzo del cuento de García Márquez *Sólo vine a llamar por teléfono*. Una frase, esa frase, se repite a lo largo del relato, una frase que, en su repetición se vacía de sentido y deja al desnudo que el lenguaje no puede pensarse al margen del poder. María sólo quería hablar por teléfono. ¿Hay en esas simples palabras algo que advierta sobre la locura de quien la enuncia? El asunto está ahí, en quien enuncia, porque la María que dice la frase a la orilla de la ruta, no es la misma María que la repite unos minutos después al bajar del colectivo, porque el colectivo no era cualquier colectivo, y el lugar donde bajó tampoco. ¿Qué sucedió para que haya operado semejante transformación en apenas minutos? Nada en el relato lo indica, pero si es verdad que un significante representa a un sujeto para otro significante, María es representada por esa frase que repite y repite: sólo vine a hablar por teléfono. María demoró en darse cuenta de que estaba en un “Hospital para enfermas mentales”, así lo nombra García Márquez y así de rotundo hay que leerlo, porque, el quien enuncia se articula con el lugar desde donde es enunciado y con el otro que escucha y que, no tan sólo como sucede en el chiste, sanciona el dicho. Lacan estaba en lo cierto con eso de que se puede estar muy seguro de lo que se dice, pero nunca, nunca de lo que el otro escucha, y por ende, sanciona. María es escuchada como una enferma mental, una loca, y ya se sabe, los locos dicen cada cosa...

El loco debe ser escuchado como tal, como un loco, y lo que caracteriza el decir loco, es que carece de sentido, no comparte el código con el no loco, que es el lugar de sanción del código. El loco debe ser escuchado así: tomarlo como de quien viene. Si todo lo que dice el loco carece de sentido, nada de lo que diga hará sentido, y si el decir no es escuchado, ¿dónde queda el dicho del sujeto? He aquí un ejemplo simple de cómo funciona la segregación y cómo el discurso es una herramienta del poder.

Cuando Saturno el mago, su compañero, finalmente la encuentra, habla primero con el director y éste le advierte acerca de su “monomanía”, esa manía de querer hablar por teléfono. La frase que le permitió el acceso al colectivo destartalado y que la encerró en el loquero, pasó de ser una demanda, un pedido de ayuda, a ser el indicio de una enfermedad, pero por sobre todo, a ser el significante que representa a María ante otros significantes, sea el Director, las enfermeras e incluso Saturno el mago. El director le dice que le siga la corriente. Seguir la corriente, ¿no es eso tomarlo como de quien viene? Antes de que Saturno se encontrara con María, García Márquez escribe lo siguiente: “el médico hizo un ademán de sabio. Hay conductas que permanecen latentes



durante muchos años, y un día estallan.” Cómo saber si García Márquez sabía lo que estaba escribiendo, pero eso no es importante, lo que importa es lo que escribe, que lo haya escrito, porque a través de un relato pone las cartas sobre la mesa: el médico ocupa el lugar del saber, y ese saber condena y estratifica a María en la locura. Que antes no haya pasado es simplemente porque a veces algunas conductas están a la espera del momento oportuno. La insistencia de María reflejaba solamente la manifestación de una enfermedad. Saturno va a su encuentro ya "sabiendo" que María estaba loca y por lo tanto debía seguirle la corriente; sin embargo, cuando ella dijo la frase tan temida - luego de vaciarse de sentido y de ser llenada por otro, el sinsentido de la locura que deviene indicio de enfermedad - “Ya te dije que sólo vine a hablar por teléfono” -, Saturno el mago no supo qué hacer y miró a la enfermera que vigilaba el encuentro por las dudas. Y no hubo duda, ante la mirada de Saturno, ella fue a buscar a María, quien, según palabras de García Márquez, empezó a gritar como una verdadera loca. ¿Cómo gritan las verdaderas locas? Seguramente de una manera que no tiene que ser escuchada, que tiene que ser acallada, y en los hospitales para enfermas mentales saben cómo callar los gritos de los locos.

¿Puede hablar el subalterno? En el relato de García Márquez queda claro: no, el subalterno es hablado por el otro. María es hablada por el médico, pero también Saturno, porque su reacción está atravesada por el discurso del médico que, en el relato es el portador del saber, y del poder. Es el discurso médico, independientemente de la persona, quien detenta el poder; el médico simplemente ejecuta lo que el discurso ordena. Eso está tan estudiado que ni falta hace detenerse en ello, pero es por eso que resulta interesante detenerse en Saturno.

Primero juzga la desaparición de María como un abandono, el silencio de María es llenado de sentido: María lo abandonó; luego, va a su encuentro de ella y la escucha desde un diagnóstico, un diagnóstico venido desde el saber, un saber que no es puesto en cuestión. Podemos preguntarnos entonces si efectivamente Saturno, a pesar del amor que sentía por ella, la escuchó.

Saturno no escuchó el decir de María, o si escuchó, lo hizo desde una matriz epistémica heredada, venida del Otro, a la cual todos, en mayor o menor medida nos subordinamos. Una matriz epistémica que formatea el modo de razonar. Tomarlo como de quien viene, entonces, significa anteponer la matriz donde el dicho del otro será acomodado. La pregunta sería entonces: ¿es posible escuchar al otro sin hacer intervenir esa matriz?

Al final del prólogo del libro *El ser del balbuceo. Ensayo sobre Sacher Masoch*, Pascal Quignard escribe: “Toda lectura del texto mismo se hace entonces ilegible. El texto de ese nombre,





en nombre de ese texto, se ha vuelto texto sobre ese nombre. Por ello, puesto que el nombre es un texto, buscaremos un texto sin nombre.” Buscar un texto sin nombre equivale a escuchar sin matriz.

Escuchar a un loco, a un chorro, a un perverso, a una puta, a un pobre, a un negro; escuchar a un voyeur, a un masoquista, a un zoofílico; escuchar a toda la clasificación construida en el siglo XIX para diseccionar la experiencia humana, significa escuchar desde un nombre que ya tiene montones de textos atrás. Si Quignard dice, el texto mismo se hace ilegible, se puede decir entonces que la palabra del otro se hace inaudible; María efectivamente no es escuchada en su decir sino que su decir queda atrapado en el texto que encuadra su palabra: loca, monomanía. ¿Cuántos textos del campo psi –ordenadores de realidad y normalidad – se han escrito sobre ese nombre? La palabra de María se hace inaudible pues queda silenciada por las voces de autoridad. De nada sirve que María diga no estoy loca porque el aparato que recepta su decir lo decodifica: decir no, es una confirmación de que sí. Diga lo que diga entrará en el texto ya escrito sobre la locura. Es así que María no tiene escapatoria, queda atrapada en las redes de una lengua que la cosifica, la estratifica y la resignifica. María siempre estuvo loca, y esa locura, como afirma el médico, sólo estaba esperando en estado latente.

Repetir la pregunta: ¿Es posible escuchar al otro sin hacer intervenir esa matriz? Buscar el texto sin nombre es una posibilidad. Otra salida posible sería la siguiente: “El vacío como punto de partida. Para probar mi taza de agua primero debes vaciar tu propia taza. Amigo mío, deja de lado todas tus ideas preconcebidas y sé neutral. ¿Sabes por qué esta taza resulta tan útil? Porque está vacía.” Eso lo escribió Bruce Lee, que no difiere demasiado al consejo de Freud de dejar caer todo saber antes de comenzar un nuevo caso. De lo que se trata entonces es de vaciar y vaciarse para poder alojar la palabra del otro. Partir de un texto con nombre, de la taza llena, del saber textual, implica sostener una práctica que vuelve inaudible la palabra del otro, una práctica que se pone del lado del normalizador, del lado del poder, y por ende, se transforma, quiera quien la practica o no, en una práctica segregativa.

### **APERTURA III. La región más transparente.**

No se trata de la novela de Carlos Fuentes, aunque tal vez haya vasos comunicantes, ríos profundos, diría José María Arguedas, que nos lleven de la novela de Fuentes a la de Arguedas y a la segregación, porque en un continente donde el logos dejó su sello (tapa y agujero al mismo tiempo), el “pathos” segregador nos rodea y nos constituye. Podemos decir, “yo no”, pero el yo





funciona ahí de la misma manera que en Epiménides el cretense; en ese yo, la verdad engaña. No se trata de la novela de Carlos Fuentes, pero tal vez sí, si tomamos en cuenta de que Alexander Von Humboldt utilizó esa frase al llegar al valle del Anáhuac: “Viajero, has llegado a la región más transparente del aire”. Alexander Von Humboldt es el mismo que señaló la fundamental falta de transparencia inherente a toda lengua humana: “Al escuchar una palabra no hay dos personas que piensen exactamente lo mismo, y esta diferencia, por pequeña que sea, se extiende, como las ondas por el agua, por todo el conjunto de la lengua.” No se trata de la novela de Fuentes, aunque tal vez podamos trazar una línea directriz entre su novela y ciertas figuras que se propagan por ríos no tan profundos, como nos lo enseña la biología con el rizoma.

En la novela de Carlos Fuentes, son muchas cosas las que se transparentan ya que el protagonista es la ciudad. Los diferentes personajes deambulan por ella y hablan, y en ese hablar desaparece el tiempo, o mejor, como el deseo freudiano, el tiempo al desaparecer es siempre presente. Esa modalidad del tiempo fue la que señaló Lyotard para marcar el inicio de una nueva era: el posmodernismo. El fin de los grandes relatos, el repliegue del tiempo. Lo que Lyotard no dijo, es que el mundo se transformaría en una región transparente, una gran pecera donde arde la hoguera de las vanidades y todos empujamos al fuego al Savonarola que, en algún arrebatado de vergüenza, llevábamos dentro. No hay lugar para el recato ni el pudor, la obscenidad, entendida como mostración del exceso, es la nueva normalidad. Byung Chul Han lo llama La sociedad de la transparencia, donde reina el hiper control, donde el panóptico digital reemplaza al de Bentham y vuelve obtuso el planteo de Foucault. Ahí estamos, todos en la pecera, a la vista de todos y mostrando todo. El deslizamiento es infinito, las posibilidades también.

Lo que no dijo Lyotard, es que el fin de los grandes relatos no significaba en verdad el fin de los grandes relatos sino el triunfo del gran relato, del relato por excelencia, el que nos moldea la vida desde hace unas centenas de años, por ser generosos. El gran relato no es otro que el modo de vida capitalista, devenido luego en “american way of life”. El fin de los grandes relatos es el triunfo del modo de vida americano, donde la “democratización” del consumo lleva a cumplir el sueño del capital: la reproducción al infinito y por ende la pérdida de fronteras, de límites, de referencias. La producción de objetos es, en realidad la reproducción de capital. A la vista de todos, el capital se reproduce ante la mirada fascinada de los consumidores.

Lo que no dijo Lyotard, pero más de un abuelo lo dijo, es que si quieres esconder un elefante blanco, lo mejor es rodearlo de elefantes blancos. También por supuesto lo escribió Edgar Allan





Poe en su “Carta robada”; pues bien, eso es lo que Lyotard no dijo. Porque con “el posmodernismo” vino el neoliberalismo y la segregación generalizada.

En la sociedad de la transparencia, en la gran pecera universal, vemos y nos ven, pero al ver y ser vistos, vigilamos y somos vigilados; castigamos y somos castigados; la democratización se esparce como una mancha de aceite, pero también como un virus. Cabe preguntarse, en esta transparencia, ¿dónde está la carta robada, dónde el elefante blanco? Hagamos la pregunta directa, sin alusiones: en la sociedad de la transparencia, ¿qué es lo que se invisibiliza? Vamos a intentar dar una respuesta.

La respuesta, no puede ser más obvia, y tal vez por eso queda oculta: el poder. En la exacerbación de la democratización y por ende de “la libertad”, el poder se horizontaliza, se desplaza por la superficie como las raíces de las cañas, la libertad se transforma en una red rizomática. La extensión rizomática de las cañas pierde de vista a la primera caña, pero eso no significa que haya dejado de existir. Si el poder se horizontaliza y se descentraliza y multiplica, si se reproduce en micropoderes, el poder se esconde. Mientras estamos ocupados en vigilar al otro, potencialmente peligroso, avalamos la pérdida de libertad en nombre de la libertad, del mismo modo que avalamos la explotación en nombre de la autoexplotación. Es que lo que no dijo Lyotard, es lo que nos acerca Byung Chul Han, que esta sociedad de la transparencia es la figura arquitectónica de una nueva subjetividad: el pasaje del explotado al emprendedor, es el pasaje del revolucionario al deprimido. En la sociedad de la transparencia la libertad reina, la horizontalidad es la regla; si mi vecino tiene éxito (el que sea, porque de lo que se trata es de SER exitoso) y yo no, la culpa es mía, y sólo mía, pues ambos andamos por la misma red. El que falla soy yo, y la culpa me invade. La horizontalidad “garantiza” la inmutabilidad del sistema.

Lo que Byung Chul Han no dice, es que en esta pecera humana, dividida según su visión, en depresivos y maníacos, lo que se repite es la división entre ganadores y perdedores, entre incluidos y excluidos, y esa división desmiente que el poder esté verdaderamente horizontalizado. Lo que la transparencia invisibiliza, es el núcleo oscuro del mirador de Bentham. El poder real, el poder central sigue existiendo, pero invisibilizado al repartirse por la red. El rizoma es la figura del poder neoliberal y las redes sociales su expresión paradigmática, puesto que por allí se vehiculiza la segregación.

El movimiento es ondulante, segregamos y somos segregados al mismo tiempo. El movimiento no es nuevo, lo nuevo es la modalidad. En la sociedad de la transparencia, que es la



sociedad del exceso y por ende obscena, se ha perdido toda vergüenza y pudor. La segregación, en ese contexto, obtiene carta de ciudadanía y se legitima el “control” al ser visto como autocontrol. Cuando digo que no es nuevo, es porque ya ha sido dicho hasta el cansancio que la ideología dominante se derrama hacia las clases dominadas; lo novedoso es la ilusión óptica: el derrame no es vertical sino horizontal, y si de ilusión óptica se trata, el derrame llega e inculiza al yo. Ya no se trata de proletarios del mundo uníos, sino de emprendedores del mundo, compitan. En ese pasaje, de revolucionarios a depresivos, la segregación se esconde bajo la forma “natural” de la ley de la oferta y la demanda. Se despliega un maltusianismo feroz bajo la forma de la competencia democrática y con la libertad como nave insignia.

Bajo esta nueva modalidad de subjetividad que propone el neoliberalismo, el Estado también se ve trastocado en su función; si ya no debe regular la competencia ni regular las tensiones, el estado deberá dejar caer los velos y mostrar su cara mortífera, legitimando la necropolítica<sup>14</sup> subyacente en todo modelo social que se asiente en la ley del más apto.

## **APUNTES SOBRE LA SEGREGACIÓN II. El otro giro del 20.**

Tal vez sea necesario, cada vez que se escriba sobre la segregación, recordar que la misma se encuentra en la lengua, en su estructura y por ende, en tanto que seres parlantes, no podemos evitar, en su uso, segregar. Al nombrar damos existencia, separamos de un fondo común a un objeto, lo recortamos del resto, establecemos la diferencia. Nombrar es un acto, y en todo acto hay un corte, se rompe una continuidad. Bercherie relata una anécdota bastante antigua pero significativa, ocurrida en un hospicio francés: Una vez aislada (nombrada) la paranoia, un médico exclama: “¡Estábamos rodeados de paranoicos y no nos dábamos cuenta!” Separar, aislar, nombrar... segregar. Si he usado este ejemplo, es porque quisiera dar cuenta del psicoanálisis, de la segregación que se pone en juego en él.

Tal vez podría, y sería conveniente, empezar por una frase de Foucault, escrita en el Prólogo a la edición estadounidense de *El Anti Edipo*, de Deleuze y Guattari: “Los técnicos del deseo, lamentables: los psicoanalista y los semiólogos que registran cada signo y cada síntoma y que quisieran reducir la organización múltiple del deseo a la ley binaria de la estructura y la falta.” (Foucault, 1988, p.2). Que en un libro que se levanta contra el Edipo como estructurante de la

---

<sup>14</sup> Concepto forjado por Achille Mbembe, historiador camerunés, para dar cuenta de la regulación de la vida y la muerte desde el estado. Se trata de una teoría de “ los muertos vivos ”.





normalidad aparezca una frase como esta no debería pasar de largo por nadie que practique el psicoanálisis, porque si hay algo que nos han enseñado tanto Freud como Lacan, es a reflexionar sobre nuestra propia práctica. ¿Estamos dispuestos a repetir fórmulas que no hacen más que estandarizar una práctica que no puede ser de otra manera que singular, sin siquiera interrogarnos por la validez de las mismas? ¿Vamos a seguir sosteniendo que el transexualismo es una psicosis ejemplar porque realiza en lo real lo no acaecido en lo simbólico, es decir la castración, sin siquiera tomar en cuenta los debates al interior del colectivo trans? No hay modo de no ponerse colorados de vergüenza al recordar postulados que se repetían sin ton ni son, postulados nacidos de una teoría sorda, de una teoría de orejas cerradas a la palabra del otro. Los perversos no demandan análisis porque son egosintónicos con su síntoma. ¿Qué significa semejante frase como no sea un repliegue sobre un saber coagulante y patologizante, lapsus que rescatamos? ¿Quiénes serían esos perversos que no demandarían análisis? La frase está fallada de origen, primero por considerar perversos a quienes no son heterosexuales, y segundo, por considerar que el único síntoma que pudieran tener, sería el de la elección de objeto o su identidad de género. Como escribe Reitter: “Como todo el mundo, las personas LGTTBI tienen miedos, problemas con el goce, dificultades con lo que desean, postergan los actos, se enredan en las trampas del amor, se melancolizan y tratan de evitar sus verdaderas responsabilidades.”<sup>15</sup>

Habría otros comienzos posibles; de hecho, en el anterior Congreso, en el año 2018, presenté un trabajo sobre la relación entre Freud y Hirschfeld, los acuerdos y desacuerdos, y hoy, de alguna manera me propongo una especie de continuación porque si como manifesté en dicho trabajo, el desencuentro entre Freud y Hirschfeld trajo consecuencias tanto para el psicoanálisis como para la sexología, en este pretendemos abordar algunas de esas consecuencias.

Debo decir también, y es otro modo de comienzo, que el título nos indica que se trata de varios trabajos relacionados con la segregación, y que este, que presento aquí, se centra sobre el psicoanálisis integrado, lo que significa integrado al discurso de poder. De ahí que la frase de Foucault, señala un buen comienzo.

Si bien la segregación está en la lengua, la utilización de ciertas nomenclaturas introducen otro tipo de segregación, esa que Lacan, en 1967, en su *Pequeño discurso a los Psiquiatras*, refirió como el precio a pagar por el avance de la ciencia, y si bien el psicoanálisis no es una ciencia, también es verdad que no es sin la ciencia, por lo cual, no puede ser pensado más allá de su borde.

---

<sup>15</sup> Jorge Reitter, *Edipo gay*, Ed. Letra Viva, Buenos Aires, 2019, p. 14.





Y en ese borde, Freud, primero, y luego sus seguidores, se nutrieron de muchas nociones venidas del discurso médico, que es, Foucault mediante, un discurso de poder. La psicopatología, ese engendro surgido del apareamiento del psicoanálisis y la psiquiatría, le ha hecho cargar, al psicoanálisis, el lastre del discurso médico que todavía hoy, no consigue soltar. Cuando hablamos de nomenclatura, hablamos de los diagnósticos, y si bien es cierto que al cambiar la mirada cambia el sentido, el problema sigue intacto pues, al haber surgido los diagnósticos en lenguas que no poseen entre sus herramientas el verbo estar, un diagnóstico cosifica y cristaliza. Se *es* tal o cual. Quiero ser claro en esto: el diagnóstico es mucho más que una herramienta para un tratamiento, es una cristalización del ser. El verbo ser coagula la existencia. Acerca de este problema sobre el ser y el estar y su relación con los diagnósticos, me gustaría remitirlos a mi libro *El psicoanálisis y sus diagnósticos*, donde trabajé, desde una perspectiva decolonial, la utilización de diagnósticos por parte del psicoanálisis.

Decía que podíamos partir de diferentes lugares, pero lo que nos interesa aquí, como un modo de retomar lo iniciado hace dos años, es darle sentido a la apreciación de Foucault, ¿cómo es que los psicoanalistas devinieron en técnicos del deseo? En función de cierta brevedad, no historizaré las posiciones de Freud respecto a la homosexualidad, pero sí me detendré un momento en su texto sobre las aberraciones sexuales, el primero de los tres ensayos. Me detendré porque tal vez se pueda encontrar allí el germen, el huevo de la serpiente que romperá el cascarón en ese otro giro del 20. Digo esto pues se trata de un texto lleno de contradicciones, contradicciones que las sucesivas enmiendas y agregados no hicieron más que profundizar, dejando un texto lleno de cicatrices, intentos fallidos de suturas que, a la vez muestran la verdad freudiana: que no hay una sexualidad normal. El texto en cuestión se llama *Las aberraciones sexuales*, y el término utilizado en alemán fue “abirrunng”; si es necesario destacarlo, es porque uno de los sentidos de abirrunng es desvío. Es decir que se podría traducir este texto como *Las desviaciones sexuales*. No es un detalle menor ya que si se parte de una bisexualidad constitutiva, tomada de Fliess y amalgamada con ciertas posiciones de Hirschfeld (aunque mantuvo diferencias radicales con él, sobre todo en la no aceptación de especies sexuales diferentes) y del reconocimiento de una sexualidad infantil, cuya característica es la disposición perversa polimorfa, entendida ésta como la satisfacción de pulsiones parciales que, sólo en el plano ideal podrán luego ser integradas en una pulsión total al servicio de la reproducción, es posible concluir, rápidamente que la sexualidad humana es, por definición, desviada. El otro elemento que abona esta posición es la no naturalidad de la ligazón



de la pulsión a un objeto; si esto no fuera así, sería imposible pensar el chupeteo como modelo de satisfacción pulsional. Si partimos de estos principios, es posible releer todo este texto bajo una mirada no normativizante y entender que Freud ahí, simplemente describió los mecanismos psíquicos que llevan a una u otra desviación, sin abrir un juicio de valor. Pero he dicho que se trata de un texto contradictorio, y lo es porque a esta lectura se le debe agregar la aparición de lo otro, lo que sí es normativizante, y que es nada más ni nada menos que la nosografía heredada de Krafft-Ebing, cuya consecuencia más notable es la creación de monstruos semiológicos, como los llama Gilles Deleuze (el apareamiento de a pares: Sadismo-masoquismo, voyeurismo-exhibicionismo), y que Freud mantuvo; sin detenerse, el mismo Freud, a reflexionar que dichos pares sexuales van en contra de su misma teoría pulsional. Es cierto, también, que les da otro sentido, sin embargo mantiene la clasificación y, ya lo hemos dicho, toda clasificación es normativa y segregativa, porque esta clasificación es sostenida, en el texto de Freud, desde un cierto filogenetismo que plantearía la heterosexualidad como la sexualidad “normal”, en tanto busca el mantenimiento de la especie. Lo más interesante de esta contradicción presente en el texto, es que precisamente de un intercambio dialéctico de esas posturas, podría arribarse a una “síntesis”, aunque provisoria de que toda sexualidad es desviada, puesto que en el ser humano no existe, como en otras especies, el periodo de celo que pone, ahí sí, al sexo en función de la reproducción y supervivencia de la especie; por el contrario, desde la antigüedad se han llevado adelante rituales sexuales y métodos anticonceptivos que marcan el desvío del sexo. De ese desvío nace la sexualidad, sexualidad que puede ser historizada, sexualidad reglada y ritualizada, sexualidad normada y anatémizada. Si ya la sexualidad humana es un desvío del sexo, Freud nos permite pensar ese resto que siempre queda entre la sexualidad infantil y la sexualidad adulta, esa hendidura por la que los vientos del deseo a veces se convierten en huracanes. Lamentablemente no fue así, no fue esa la lectura que prevaleció, y de esas contradicciones que presenta el texto freudiano surgió el Edipo como regulador de la actividad sexual, heteronormado. Tal vez podamos ubicar ahí el núcleo de lo que luego advino y que legitima la afirmación de Foucault; tal vez esas contradicciones permitieron el desarrollo, al interior de la doctrina, de posiciones normativizantes y heterocentradas. En todo caso ese devenir técnicos del deseo puede ubicarse históricamente en 1920, ya que hasta ese momento, salvo Sadger, que pregonaba la posibilidad de curar al homosexual, dado que no era constitucional y se debía a factores ambientales, nadie se embanderaba en una posición patologizante de la homosexualidad, sino más bien, todo lo contrario. Por ejemplo, Abraham Brill que en 1913



planteaba que no había razones para “tratar la homosexualidad ya que se trataba simplemente de una condición como la heterosexualidad. O Ferenczi, que planteaba que el empobrecimiento de la amistad en la cultura occidental se debía al desprecio general hacia la homosexualidad.

Para el inicio de la década del veinte, prácticamente ningún miembro de la IPA sostenía la constitucionalidad como causa de la homosexualidad, y los debates se orientaban entre el narcisismo y los factores ambientales. Esa liberación de los factores biológicos, sin embargo, no trajo buenas novedades sino todo lo contrario, porque, fuera por el narcisismo o por el ambiente, se trataba de algo sintomático y, si la homosexualidad era sintomática, entonces era tratable y curable, entendiendo por curable, el redirigir al paciente hacia la heterosexualidad. La cuestión era cómo. Aquí nos es útil la clasificación de Ferenczi, pues sólo sería curable el homoerótico de objeto, en cambio, el homoerótico de sujeto no. Para ellos, el objetivo del tratamiento analítico sería que el paciente se sintiera más cómodo con su orientación sexual.

Ese año -1920 - es conocido por el giro teórico que dio lugar a la segunda tónica y al nuevo dualismo pulsional; sin embargo, otro giro tuvo lugar, mucho más silencioso, el que llevó de una posición liberal respecto de la homosexualidad, asumiendo la defensa en contra de las persecuciones de las que eran objeto, a considerarlos enfermos, es decir, a asumir una posición patologizante y estigmatizadora, lo que llevaba al psicoanálisis hacia un discurso normatizador. Antes de adentrarnos en ese otro giro, veamos lo que planteó Franz Wittels en la reunión del 18 de noviembre de 1908: “No parece haber ninguna razón para que el estado luche contra la práctica de la homosexualidad. Hay homosexuales que son extremadamente felices.”

¿Qué pasó entonces en 1920? Pasó que una leve discordia se implantó entre los miembros del “comité Secreto”. ¿Las razones? Veamos primero la reacción de Freud. En los primeros días de la nueva década, envía una circular:

Querido Jones: Hemos considerado su demanda concerniente a la eventual asociación de homosexuales y no estamos de acuerdo con usted. En realidad no podemos excluir a tales personas sin tener razones de otro tipo, no podemos ser favorables a que sean perseguidos por la ley. Parece que en casos similares, una decisión debe depender de un examen atento de otras cualidades del candidato.<sup>16</sup>

¿Qué había sucedido? En sí, nada del otro mundo, podría incluso considerarse un hecho trivial, si no fuera porque ese hecho había recaído en Jones: un médico holandés, abiertamente homosexual, había solicitado ser aceptado como miembro de la IPA. Tal vez sea conveniente recordar que ese año, se llevaría a cabo el Congreso de la Asociación en La Haya, Holanda. La

---

<sup>16</sup> Sigmund Freud, 1999. P. 311.





posición de Freud no era nueva, sin embargo, tanto Sachs, como Abraham y Eitingon, se mostraban contrarios, al igual que Jones, pero para no contrariar a Freud, ni al resto de los vieneses, se entregaron a juegos retóricos para oponerse pero sin que se note demasiado. De esta manera, desde Berlín, hicieron saber que concordaban (con Jones) en que debían suspender la aceptación de homosexuales mientras no se viera claramente otra cualidad que la homosexualidad. Helo ahí, tomaron el argumento de Freud y lo dieron vuelta para argumentar en su contra. Si seguimos las cartas de ese año, y las circulares, podríamos ver que el tema no vuelve a aparecer, tal vez porque la solicitud del médico holandés quedó suspendida de hecho cuando el gobierno lo detuvo por sus manifestaciones homosexuales, es decir, por asumirlo públicamente. Pero si esto fuera todo no estaríamos en presencia de ningún giro, sino apenas de una discordancia interna y nada más; pues no, la historia sigue, y sigue de esta manera: en el congreso de la Ciudad de La Haya, se reúnen 62 miembros y son aceptadas las Sociedades Británica y Suiza, y es elegido Ernest Jones como nuevo presidente, reemplazando a Ferenczi, con lo cual, la suerte de los homosexuales estaba echada.

Hay que recordar que Ferenczi, en 1906, había elevado una carta de protesta a la Asociación médica de Budapest contra la desvalorización y persecución de los homosexuales. El 20 de mayo de 1910, Freud le comenta en una carta que había recibido el libro de Hirschfeld sobre el travestismo, donde diferenciará el homoerotismo del sujeto, del homoerotismo del objeto, nociones que retoma Ferenczi. En el Congreso de Weimar, en 1911, presenta un trabajo sobre la homosexualidad, luego de lo cual, por un entredicho entre Jung y Hirschfeld, este renuncia a la sociedad berlinesa. En mayo de 1913, Ferenczi funda la Sociedad psicoanalítica de Budapest. ¿Por qué detenerse en Ferenczi? Porque con la fundación de la Sociedad Psicoanalítica de Budapest, aparecerá un personaje nuevo, que mucho tendrá que ver en ese otro giro de 1920, me refiero a Sándor Radó. Cuando es fundada la sociedad de Budapest, Radó asume como secretario, y si bien luego de un largo derrotero fue destituido en 1941 como director del Instituto psicoanalítico de Nueva York, tuvo una importancia decisiva en el devenir del psicoanálisis hacia una posición normativista.

Para comprender a fondo esta disputa abierta al interior del psicoanálisis es necesario entender la importancia de la presencia de Freud. Mientras estuvo vivo logró que se respetara la noción de bisexualidad constitutiva, a la que Radó se oponía, pero una vez muerto Freud, esta idea de constitución bisexual cayó definitivamente y la idea de Sándor Radó se impuso. Al rechazar la idea de bisexualidad constitutiva, rechazaba también la idea de un origen biológico de la



homosexualidad y orienta el fenómeno a un conjunto de condiciones socio-ambientales. Sin embargo, de manera paradójica va a imponer la supremacía heterosexual por razones biológicas: la supervivencia de la especie, es decir, el filogenetismo ya presente en el Freud de los tres ensayos. De esta manera, el placer sexual estará ligado a la reproducción de la especie. Radó parecería apegarse al pensamiento freudiano al desligar la biología de la sexualidad, sin embargo su pensamiento se aleja cada vez más del pensamiento del creador del psicoanálisis. Si la homosexualidad no es biológica, tampoco lo es la heterosexualidad. Son las instituciones y las prácticas culturales adecuadas las que proporcionan la moral heterosexual. De aquí, a plantear la cura de la homosexualidad, hay un paso. Y Radó lo dio. Para Radó, el abandono de la noción de bisexualidad freudiana, implicaba una relectura de toda la teoría de Freud, llevando el aparato teórico hacia un “socio psicoanálisis”, razón por la cual, una vez instalado en los EEUU no le costó demasiado orientarse hacia la psicología del Yo. En definitiva, Sándor Radó, retoma la tesitura de Sagder y la lleva al extremo al plantear el análisis conversivo.

Luego de la circular enviada por Freud, pareciera que la cuestión entró en punto muerto debido al desenlace del médico en cuestión; sin embargo, puede verse que no fue así, que el debate se desplazó de la política a la doctrina, tal vez por eso, alertado por los caminos que iba tomando la doctrina, publicó el caso de la joven homosexual, donde puede leerse:

Así pues, el enigma de la homosexualidad no es tan sencillo como suele afirmarse tendenciosamente en explicaciones como la que sigue: un alma femenina y que, como corresponde ha de amar a un hombre, ha sido infundida, para su desgracia, en un cuerpo masculino, o inversamente, un alma masculina, irresistiblemente atraída por la mujer, se haya desdichadamente ligada a un cuerpo femenino. Trátase más bien de tres series de características:

- 1) Caracteres sexuales somáticos (hermafroditismo físico)
- 2) Caracteres sexuales psíquicos (actitud masculina – actitud femenina)
- 3) Tipo de elección de objeto.

Que varían con cierta independencia unos de otros y aparecen en todo individuo diversamente combinados.<sup>17</sup>

De alguna manera, con lo que tuviera a su alcance, Freud intentaba mantener al psicoanálisis por fuera de los dispositivos de poder, a sabiendas que la IPA lo era. Hizo lo que pudo, seguir escribiendo y reflexionando, sabiendo también que su sola presencia era un dique contra los embates normalizadores y moralizadores que golpeaban a la puerta no sólo de la institución sino de la doctrina, que era, a la postre, lo que más le interesaba. Voy a reproducir otro fragmento de la época que va en la misma dirección, donde de alguna manera retoma algunas

---

<sup>17</sup> Sigmund Freud, 1973, p. 2560.





posiciones de Hirschfeld aunque sin aceptar la idea del tercer sexo, sino de un Edipo completo, mucho más complejo que el diseñado años anteriores; se trata de un fragmento de El yo y el ello:

El desenlace del Complejo de Edipo en una identificación con el padre o la madre, parece pues, depender en ambos sexos de la energía relativa de las dos disposiciones sexuales. Esta es una de las formas en que la bisexualidad interviene en los destinos del Complejo de Edipo... Queda así establecida una serie, en uno de cuyos extremos se halla el Complejo de Edipo normal, positivo, y en el otro el invertido, negativo, mientras que los miembros intermedios nos revelan la forma completa de dicho complejo con distinta participación de sus dos componentes.

18

Volvamos a lo institucional, porque en definitiva, la discordancia inicial no apuntó a la doctrina, sino a la institución: ¿qué debía hacer la IPA respecto a la solicitud de membresía de homosexuales que viven fuera del closet? Se debe incluir entonces otra novedad, que comenzó en Berlín y luego se expandió a toda la IPA: me refiero a la fundación de la Policlínica de Berlín, un ejemplo de cómo el camino del infierno está empedrado de buenas intenciones. La idea de la policlínica surgió en el congreso de Budapest, en 1918, ni bien terminada la guerra. Allí, Freud planteó que sería deseable que se crearan centros de atención psicoanalíticos que fueran gratuitos o de muy bajo costo. Al finalizar la guerra hubo una gran demanda de analistas, y esa fue la razón de abrir una clínica que pudiese recibir la demanda de tantos desmovilizados del frente, que además del trauma surgido por el hecho bélico, traían en su mochila el dolor de la humillación de la derrota. La Policlínica abrió sus puertas el 16 de febrero de 1920, y significó tanto para Freud que, inmediatamente propuso admitir a Eitingon como miembro del “comité secreto”. Pero a poco de abierta, cayeron en la cuenta de que no podían absorber la demanda pues no había suficientes analistas; en ese preciso momento empezó, a mi juicio, la debacle del psicoanálisis. Ante la falta de analistas se confeccionó un programa para la formación de analistas... en serie. De la Policlínica de Berlín surgió el Instituto, que luego fue el modelo de diversos Institutos de formación y producción en serie de analistas. En palabras del propio Eitingon, la función del Instituto era la de generar las oportunidades para que la gente aprendiera a analizar y a entrenar como analistas. Aprendizaje, training, analistas surgidos de una fábrica que debía al menos, respetar cierta exigencia de Freud: que para analizar había que, previamente, someterse a un análisis. Ahora bien, ¿qué análisis podía llevarse a cabo si el tiempo urgía? Así nacerá el análisis didáctico y una figura emblemática: el analista didacta. Si el psicoanálisis había nacido en los bordes de la ciencia y por lo tanto, tal como lo había declarado Lacan no es sin la ciencia, la producción en serie de analistas lo corría de ese lugar y lo introducía de lleno en el sistema: el fordismo había llegado al

---

<sup>18</sup> Sigmund Freud, 1973, p. 2712.





psicoanálisis. Y si un analista es formado en una línea de montaje, su práctica, ¿no responderá a la misma seriación?

Si con el Instituto aparece una figura emblemática, el analista didacta, aparecerá también un personaje emblemático: Hans Sachs. Junto con Abraham, Simmel, Horney y Lieberman, organizaron los cursos y, se designó a Hans Sachs como el analista didacta; es decir, él sería el encargado de analizar a los que querían ser analistas. El pequeño detalle es que Sachs nunca se había analizado.

Esta es la razón por la cual quisimos detenernos en este período de la historia del psicoanálisis, porque coincidió el debate acerca de la homosexualidad y la formación de analistas. Esta línea de montaje estaba formada por tres momentos, lo que se conoció como el trípode de Eitingon, que sigue vigente, bajo diversas modalidades, hasta hoy, a saber: análisis didáctico, cursos y supervisión. Formado el Instituto, redactado sus estatutos, había que resolver el problema que había quedado “dormido”: ¿qué hacer si un homosexual declarado quería formarse como analista y solicitaba recibir formación bajo la modalidad establecida? La resolución llegó en 1921.

Antes de revelar la decisión adoptada, vamos a traer nuevamente a Hirschfeld. Ese mismo año -1921 – va a fundar en la misma ciudad – Berlín – otro instituto el *Institut für sexualwissenschaft* donde alojará las demandas de atención, no sólo de homosexuales sino de todas las disidencias sexuales que, en ese momento, fruto de la apertura de la República de Weimar, comenzaban a mostrarse públicamente. Se trata del período de entreguerras, del periodo de florecimiento del expresionismo alemán, del arte “degenerado, del momento de auge de los cabarets. Los “disidentes” no iban a la policlínica de Eitingon, se dirigían al Instituto de Hirschfeld. La razón para ello, la podemos encontrar en Hans Sachs: “Lo que distingue las perversiones de las neurosis es la calidad egosintónica de la tendencia perversa con respecto al yo, es decir, la ausencia en ellas de culpa o ansiedad.”<sup>19</sup> Esta posición de Sachs es clave para entender la frase de Foucault, pues lo que eso significó fue: los perversos no demandan análisis pues son egosintónicos con su síntoma. Si Hans Sachs no sólo era el analista didacta, sino también responsable de cursos teóricos, ya sabemos cómo se formaron esos analistas surgidos de allí, y al replicarse este modelo institucional podemos entender cómo es que esta concepción sobre los homosexuales (perversos) se ha repetido hasta hace muy poco tiempo, si no es que se sigue repitiendo, repetición que adquiere

---

<sup>19</sup> H. Sachs, Sachs, H. (1923). Zur Genese der Perversionen. Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse, 9:172–182. Se cita la traducción francesa Gèneses des perversions, La Cause freudienne, 25, septiembre 1993. Traducción al castellano personal.





en la misma, una estofa de verdad doctrinal; esas verdades en las que solemos escondernos cuando la palabra del otro nos deja a la intemperie. Entonces, ¿cómo iban a demandar análisis si no más entrar, serían clasificados como perversos y escuchados como tal, es decir, no escuchados? En el Instituto de Hirschfeld no sólo eran escuchados sino que se acogía sus demandas; así fue que ahí, se realizaron las primeras operaciones de reasignación de sexo; ahí fue donde se dirigió Eignar Mogens para finalizar su transformación en Lili Elbe, cuya historia conocimos a través del film *La chica danesa*.

En la coexistencia de estos dos institutos podemos ver la paradoja planteada: Por un lado el psicoanálisis, que libera al deseo de la biología y que hace de la escucha un arte, se va volviendo sordo a la palabra del otro cuando ese otro contraría la teoría, una teoría que empieza a anquilosarse al ritmo de su reproducción, es decir, de su producción seriada; y por el otro, la sexología, afincada en el biologismo, que abre las orejas a la diferencia. Esta paradoja representa la deriva institucional y doctrinaria del psicoanálisis que se resume en la frase de Sachs. Si los “perversos” no demandan análisis, nosotros no tenemos nada que ver.

Este momento muestra, como pocas veces, esa diferencia que hace Foucault entre Freud y sus discípulos: mientras la institución se cristaliza y rigidiza su posición teórica, Freud continúa su camino, sosteniendo los ejes centrales de su doctrina, que, hay que decirlo, cada vez se alejan más de lo que empiezan a plantear sus discípulos. Así por ejemplo Wilhem Reich, conocido por su liberalismo sexual (no podemos olvidar su Sexpol), tenía respecto a los homosexuales una posición bastante conservadora, pues planteaba que el placer homosexual era inferior al heterosexual. Coincide con Radó de que se trata de un fenómeno social y va más lejos aún, plantea que puede prevenirse mediante una educación adecuada. ¿Cómo puede admitirse tal tesis sin desconocer todo el desarrollo freudiano alrededor del deseo? ¿Habría que volver a los tres ensayos para insistir que la sexualidad infantil no evoluciona en la sexualidad adulta sino que es reprimida y que, por definición todo lo reprimido retorna?

Vayamos entonces a la resolución del problema surgido a comienzos de 1920 con la solicitud del médico holandés. Vamos a guiarnos por las circulares del comité secreto que, según parece es el único material disponible. El primero de diciembre, Jones escribe:

“los holandeses me escribieron hace algún tiempo por la conveniencia de admitir a un Doctor conocido manifiestamente como homosexual. Yo se los desaconsejé, y ahora me entero por



Van Emden de que el hombre ha sido descubierto y encarcelado. ¿Creéis que esta respuesta podría servir de modelo general para nosotros?” (Wittenberg, 2002, p. 204)

Como puede verse, la idea de Jones es que sirviera como modelo general, es decir, frente a la solicitud de ingreso en el Instituto, la respuesta debería ser negativa.

El 11 de diciembre Rank (y Freud), responden: “Discrepamos de tu planteamiento respecto a la admisión de homosexuales, querido Jones, es decir, que no queremos excluir por principio a este tipo de personas, ya que por otra parte, tampoco aprobamos su persecución judicial.”<sup>20</sup>

El mismo 11 de diciembre, parte una carta desde Budapest; allí, Ferenczi escribe: “Por el momento sería mejor rechazar por principio a todos los homosexuales manifiestos; generalmente, son demasiado anormales.”<sup>21</sup>

Es curiosa la posición de Ferenczi que, años antes había abogado a favor de los homosexuales y que, de alguna manera había realizado la clasificación más seria al diferenciar la elección de objeto de la identidad subjetiva, un avance a lo que hoy llamaríamos identidad de género.

Eso fue todo. En principio no se discutió más y el asunto se resolvió de una manera drásticamente administrativa: Los homosexuales no serían admitidos como analistas. Como puede verse, a partir de ese momento, la segregación de los homosexuales fue doble: institucional y doctrinal. Claro que no se trata de elementos inconexos puesto que, al menos en psicoanálisis, la institución va anudada a la práctica y la doctrina que la sostiene. Tienen, podríamos decir, una equivalencia borrona.

La frase de Foucault con la que he iniciado el texto, resume, de alguna manera los cuestionamientos de los Gays and lesbians studies y las teorías queer, al focalizar la argumentación en el binarismo resultante del complejo de Edipo, y ubica, desde ahí, a la práctica psicoanalítica, como una técnica heteronormativa. Por lo que hemos visto hasta aquí, razones no les faltan.

Como dije, todo esto sucedió en el periodo de entreguerras, es decir, luego de la primera y antes de la segunda. Con el ascenso del nazismo, muchos de los miembros preminentes de IPA migraron a EEUU, donde el psicoanálisis no era lo que en Europa; en primer lugar estaba reservado para médicos, algo por lo que Freud había batallado durante años y sólo consiguiendo un inestable empate técnico que terminaría con su muerte. En segundo lugar, la mirada sobre la homosexualidad

---

<sup>20</sup> Wittenberg, 2002, p. 207.

<sup>21</sup> Ibidem., p. 213.



también era mucho más rígida; bajo un discurso científico se escondía un puritanismo que Freud siempre había rechazado. Como dijimos antes respecto de Sándor Radó, el psicoanálisis se fue volcando cada vez más a lo ambiental hasta terminar desechando el conflicto intrapsíquico y dándole lugar al conflicto interpersonal; de esa manera volvió a cobrar un cierto relieve la “Teoría de la seducción freudiana” pero edulcorada. Algunos autores plantearon que la conducta sexual perversa era causada por los padres que, sin querer seducían a sus hijos. Un autor como Gershtman, llega a plantear que la diferencia entre la homosexualidad y la esquizofrenia era una cuestión de grados.

Podríamos nombrar y detenernos en muchos analistas que se ocuparon de manera similar de la homosexualidad; con diferencias sutiles, todos apuntaban a lo mismo: la patologización de la misma. Nombres como Gustav Bychowski, Arno Karlen o Hatterer podrían ser convocados a dar testimonio, pero no nos interesa aquí llevar a cabo una investigación sobre las diferentes posiciones frente a la homosexualidad de los psicoanalistas (que por otra parte ya está hecha), sino dar cuenta de ese movimiento, ese otro giro iniciado en 1920 y que pareciera no detenerse, porque a pesar de la ruptura epistemológica y política que significó la irrupción de Lacan, en ese campo las cosas no mejoraron demasiado. Pero antes de entrar de lleno en este punto, quisiera detenerme en Charles Socarides, porque se trata, quizás del autor más representativo en la creación de un estereotipo homosexual, tan estereotipado también él, que incluso cuando a partir de la década del ochenta, algunos psicoanalistas rompen con la articulación entre homosexualidad y patología, Socarides hasta su último artículo, aparecido en el año 2002, sostendrá a la homosexualidad como un fenómeno patológico que debe ser tratado.

Si en 1921 se decidió amistosamente que los homosexuales no podrían integrar las filas de la IPA, a partir de 1990 se flexibilizó tal posición y así se fue terminando con una historia negra del psicoanálisis; sin embargo, el ímpetu segregador no cedió, simplemente se desplazó, como ocurrió en toda la sociedad hacia otras disidencias sexuales. Este desplazamiento es el que nos permite ubicarnos en el lacanismo y tomar solamente un ejemplo: Catherine Millot y su libro *Exsexo*. Aparecido en 1983, once años después de que Foucault escribiera *Una introducción a la vida no fascista* como prólogo al Antiedipo; once años después que al parecer, a Millot no le hicieron mella y sosteniendo una lectura acartonada de Lacan, la llevó a afirmar que el transexualismo era una psicosis ejemplar pues realizaba en lo real, el corte que no se había producido en lo simbólico. Ya me he dedicado a analizar este libro en otra oportunidad, sólo



quisiera señalar que tal proeza teórica la saca de la idea que había deslizado Lacan acerca del empuje a la mujer en la psicosis, derivada de su lectura de Schreber. Si bien es cierto que es debatible la posición de Lacan, vamos a decir simplemente que el orden de los factores, en este caso como en tantos otros, sí altera el producto: que en la psicosis haya un empuje a la mujer no significa que quien se inclina hacia la mujer sea psicótico. Este sería un primer detalle que es de orden teórico; otro detalle es la repetición en el proceder de Millot, de lo que había hecho Sachs: los perversos no demandan análisis porque son egosintónicos. Millot supone lo mismo en la ejemplaridad de la psicosis, pero se le escapa algo: en el colectivo trans, también existe la declinación hacia el hombre y también la declinación a lo indeterminado, lo que significa que la castración no es el eje para definir lo trans. Es decir, Millot lleva a categoría universal un caso singular. Pero para ponerlo en sus mismas palabras, veamos el proceder de Millot : “El síntoma transexual tendría así una función estructural análoga a la que Lacan atribuye a la escritura para Joyce.”<sup>22</sup> Se ve, lo que Lacan sitúa para Joyce, Millot lo modeliza para todos los transexuales. De lo singular a lo universal en un solo salto. Por último, este salto de Millot, que no encontró respuestas en su momento, implica, el salto hacia la normalización de lo que no está normado.

Si he tomado como ejemplo este libro de Catherine Millot, es porque se liga con nuestro presente y ejemplifica el decir de Foucault. Mauricio Luis Mizrahi, doctor en derecho y juez, escribió su propio libro, *Homosexualidad y transexualismo* donde dice:

Ahora bien, se impone resaltar un dato que no puede ser soslayado, dada la capital importancia que reviste para el análisis que nos hemos propuesto, se trata de la afirmación de que el transexual, ante todo, padece una patología tal como lo ha demostrado certeramente el psicoanálisis (y en nota al pie cita a Henry Frignet y su libro *Acerca del transexualismo*; Catherine Millot y su libro *Exsexo*, y a Marcel Czermak y su libro también llamado *El transexualismo*)<sup>23</sup>.

El Dr. Mizrahi, utiliza estos libros para fundamentar la negación a la operación de reasignación de sexo o al cambio de identidad. Si al principio hubiese puesto este ejemplo de lo que quería decir Foucault, alcanzaba y sobraba, pero todo el desarrollo sirve en realidad para ubicar el momento en que fuimos cayendo en esa posición y entonces hacer la gran pregunta: ¿Qué hacer?

¿Habrá que abandonar el psicoanálisis? Por mi parte, Creo que no, estoy convencido que si en sus momentos iniciales tuvo un potencial subversivo que, a medida que se institucionalizó, perdió, y que luego Lacan recuperó para perderse nuevamente; en este momento la tarea es la misma, aunque el procedimiento deba ser otro. Recuperar el psicoanálisis implica un movimiento

---

<sup>22</sup> Catherine Millot, 1984, p. 37.

<sup>23</sup> Luis Mizrahi, *Homosexualidad y transexualismo*, ed. Astrea, Buenos Aires, 2006.





despsicopatologizante que lo sacuda del discurso normatizador y le permita abrirse a la palabra de ese otro que lo interpela, escuchar al otro, que en definitiva es de lo que se trata un análisis, escuchar al otro deponiendo todo saber; escuchar al otro e inventar al psicoanálisis cada vez. Si desde los inicios el psicoanálisis se orientó por la sexualidad, es ahí, y no en la moral al servicio de la dominación, donde debe reencontrar su cauce.

## **APUNTES PARA LA SEGREGACIÓN III. En Nombre de la purificación**

El punto de partida, un discurso de Lacan, provocador si se tiene en cuenta el lugar donde fue proferido. El 10 de noviembre 1967, un día antes de comenzar su seminario sobre “El acto”, invitado por Henry Ey se dirigió a los psiquiatras. Allí cuestionó el órgano-dinamismo que guiaba la formación de los que allí lo escuchaban, y así como al pasar, se refirió a su enseñanza, la de él, la de un tal Jacques Lacan, que iniciaba su décimo séptimo año. Entonces, al modo de los niños que aprenden a contar, sacamos cuentas con los dedos. Si estamos en 1967, diecisiete años atrás, da 1950, y entonces pasamos de los dedos a la biblioteca y constatamos con un cierto gesto de confusión que el seminario que lleva el número 1 en su tapa y en su lomo (¿deberá cargar sobre su espalda el peso del 1?) corresponde al año 1953. ¿Contó mal Lacan?

En una entrevista a Graciela Brodsky con motivo de cumplirse el cuarenta aniversario del viaje de Lacan a Caracas, dijo algo, respecto a los seminarios, que ya a esta altura es una verdad de Perogrullo pero que, tiene el valor de haber sido dicho, es decir, sale del campo de la especulación. Ella dijo: “al momento de decidir qué seminario publicar, se está tomando una decisión que marca un modo de leer.”

Esta afirmación se encuentra respaldada por declaraciones de Miller en una entrevista publicada en castellano por la Editorial Tres haches: “Así pues, inventar la edición del Seminario, suponía en efecto una decisión acerca de lo que es la enseñanza de Lacan.” Decisiones, cada día, cantaba Rubén Blades.

Lacan no contó mal. Numerar y titular sus seminarios tal como fue llevado a cabo, es una decisión que marca un modo de leer y un modo de establecer, estable-ser, hacer de Lacan una enseñanza estable: “Establecer es desembrollar” afirma Miller. Así, tenemos que Los seminarios se llaman “El seminario”, y cada una de sus sesiones se convierten en clases, con un título y



subdivisiones anunciadas a modo de epígrafe al comienzo de cada una. Lacan no contó mal, porque él incluyó en su cuenta, los seminarios sobre “El hombre de los lobos” y sobre “El hombre de las ratas”. Lacan no contó mal, hubo decisiones orientadas por una política, porque en toda lectura hay una política de lectura.

Entonces, ya tenemos ahí un recorte a su enseñanza. ¿Alcanza con esto para afirmar que la enseñanza de Lacan fue segregada? Tal vez no, pero es un punto de partida. Ahora bien, si comparamos los establecimientos oficiales de los seminarios, con otras versiones que circulan, podemos empezar a sospechar, al menos, de que algo de la segregación está en juego.

No es casual haber empezado por este “Discurso a los psiquiatras, porque es allí donde Lacan habla de la segregación como un precio a pagar.

Los progresos de la civilización universal – dice – van a traducirse, no solamente por un cierto malestar, como ya se había dado cuenta de ello el señor Freud, sino en una práctica que ustedes verán que va a volverse cada vez más extendida, que no dejará de ver inmediatamente su verdadero rostro, pero que tiene un nombre, aunque se lo transforme o no, siempre querrá decir lo mismo, y que va a suceder: la segregación.<sup>24</sup>

A renglón seguido comienza a hablar de los nazis, y cómo no recordar que días antes, en su proposición sobre el pase, habla de los campos de exterminio. Sin embargo, dejaremos esto de lado, al menos aquí, porque nos interesa conservar esta idea del precio a pagar. La segregación es un precio a pagar, y Lacan lo relaciona con el avance de la civilización universal, algo premonitorio si pensamos que la tan mentada globalización sólo fue posible a partir de la caída de la URSS. No vamos a interpretar a Lacan, ni hacerle decir lo que no dijo, sin embargo, algo de lo universal le seguía golpeando en la espalda: la IPA. Su salida, luego de 10 años de intento de no ser segregado, había ocurrido apenas cuatro años atrás, y no sin efecto, como por ejemplo el interrumpir un seminario apenas iniciado, que tampoco entra en la cuenta, también es dejado afuera. Pero no son los únicos; en un texto llamado “los trumanos” (Sic), Miller<sup>25</sup> expresa lo siguiente:

La ultimísima enseñanza de Lacan está compuesta por dos *Seminarios*. El XXIV y el XXV. Los haré publicar en un solo volumen: cuando todo el conjunto esté disponible serán 25 volúmenes. Luego Lacan no quedó en silencio, continuó tomando la palabra. Me envió archivos y lo que dijo en 1980 fue publicado en esa época. Pero les comunico que eso ya no es el *Seminario* de Jacques Lacan.

Eso ya no es el seminario, afirma, dando por sentado que es él quien decide lo que es un seminario y lo que no. Y al seguir se encarga de aclararlo:

Destaquemos que luego Lacan quiso hablar con el título “La topología y el tiempo” que figura, por otra parte, de forma errónea en la solapa de los *Seminarios*. No fui yo quien hizo escribir eso, sino alguien de las

<sup>24</sup> J. Lacan, Breve discurso a los psiquiatras, Revista Litoral N° 48, México, 2020.

<sup>25</sup> J.A. Miller, los trumanos [https://congresoamp2020.com/es/articulos.php?sec=el-tema&sub=textos-de-orientacion&file=el-tema%2Ftextos-de-orientacion%2F20-03-02\\_los-trumanos.html&fbclid=IwAR0luNuKQOIOWqgDebZpH2c-JMaEYXU3P7m5MBNjHPG4nErdfp0\\_nUXuKZ4](https://congresoamp2020.com/es/articulos.php?sec=el-tema&sub=textos-de-orientacion&file=el-tema%2Ftextos-de-orientacion%2F20-03-02_los-trumanos.html&fbclid=IwAR0luNuKQOIOWqgDebZpH2c-JMaEYXU3P7m5MBNjHPG4nErdfp0_nUXuKZ4)





Ediciones *Seuil* que estaba muy interesado en garantizar que todo se publicaría allí, agregando un título para cada año. Lo dejé así pero no habrá Libro XXVI, ni XXVII, ni XXVIII del *Seminario*.

La decisión marca una orientación de lectura, dijo Graciela Brodsky, pues bien, aquí hay una decisión manifiesta. Y esta decisión manifiesta, se asienta en otra declaración de Miller, también manifiesta. Me refiero a lo que dijo en Caracas, en 1979, un año antes del viaje de Lacan, cuando fue a dar sus primeros seminarios, invitado por Diana Rabinovich y Graciela Brodsky, entre otros. Allí Miller, al final del segundo seminario, dice lo siguiente:

Tardé mucho tiempo en decidirme enseñar Lacan, creo que lo hago con mayor facilidad que al comienzo. Pero si uno no quiere simplemente repetir a Lacan, si uno quiere descubrir las estructuras que organizan su discurso – algunas a menudo elaboradas retroactivamente por él mismo, otras que quizás no ha elaborado porque no es un sujeto que lo sabe todo –, ello exige, efectivamente un trabajo de purificación y simplificación con el cual trato de arreglármelas.<sup>26</sup>

La orientación es clara y distinta, como le gustaría a otro francés, y eso nos sirve, valga la redundancia, para orientarnos. Enseñar Lacan, según la expresión de Miller, incluye el establecimiento de los seminarios. Simplificar y purificar, esa es la tarea a la que se abocó a lo largo de los años, y la razón por la cual no aceptó compartirla con otros, tal cual le fue sugerido en más de una oportunidad; pero sobre todo, es la razón por la cual no podía decirle no a Lacan. Gracias a un “no” de Marie Bonaparte, hoy podemos leer de manera diferente los textos de Freud; pues bien, Miller en su objetivo de simplificar y purificar la enseñanza de su suegro, no sólo no dice no, sino que desaparece bajo el nombre de Lacan haciendo pasar lo que él (Miller) quiere decir. Hacer desaparecer su nombre también es una decisión, justificada según él, de esta manera: “No contar para nada, es ubicarse en una posición en la que *yo* puede escribir *yo*, y que ese *yo* sea el de Lacan. No contar para nada es la condición para que ese *yo* pueda ser escrito por alguien que no sea Lacan.” Ahora bien, si a cada paso tiene que tomar decisiones, ¿realmente no cuenta para nada? En cada decisión, acertada o no, incluida la de no decir no al mandato testamentario, está en juego el *yo* de Miller; en cada decisión aparece el gato que se pretende vender como liebre.

¿Qué significa simplificar? Sin duda, a lo largo de los años y con la aparición de cada uno de los seminarios, la respuesta llega sola; sin embargo, no responde todo, pues hay que incluir el orden de aparición, ese orden que responde a una decisión y orientación de lectura. De esa manera, se nos aparece ante nuestros ojos un Lacan sin fisuras, un Lacan que evoluciona en su pensamiento y que por eso es posible ordenarlo en primer lacan, segundo, último y ultimísimo. Ese ordenamiento, esa decisión sobre el orden de aparición de los seminarios, responde a lo que Miller

---

<sup>26</sup> J.A. Miller, *Seminarios en Caracas y Bogotá*, Bs. As. 2015, p. 71.





llama “logificación: “Al respecto, compruebo que un Seminario recién entra en la cabeza de todos cuando yo lo establecí. Me doy cuenta. Mientras ese trabajo, trabajo de redacción, pero sobre todo de logificación, no está hecho-salvo algunos plagios menores aquí o allá- es difícil pescarlo.” Es decir, sólo después del establecimiento que él realiza, que incluye la simplificación y la purificación, Lacan es “impescable”.

Al mejor estilo de un ilusionista, se nos hace aparecer un Lacan allí donde no está, y se hace desaparecer al que de verdad está. No hay cómo saberlo, pero la negativa de Miller a firmar cómo coautor, tal como le sugirió Lacan, ya estaba mostrando el truco, el revés de la trama, que él, prefiere llamar generosidad de un lado y humildad del otro.

Con estos elementos ya no es tan inverosímil hablar de una segregación de la enseñanza de Lacan, claro que con un procedimiento diferente al planteado en el primer apunte. Recordemos:

*El segregado no puede hablar; habla, pero no es escuchado; sus palabras se convierten en ruido, circulan por fuera del código. Nada de lo que diga será escuchado, o mejor, sí será escuchado, pero como desecho; sus palabras tendrán el valor de quien la enuncia, y el valor del segregado es igual a cero.<sup>27</sup>*

No sería este el caso; en su tarea de “ghost writer” Miller haría pasar la palabra de Lacan; sin embargo, según sus propias palabras, él tuvo que decidir, en primer lugar qué era la enseñanza de Lacan, y en segundo lugar, inventar un seminario de manera tal, que su palabra, la de Lacan, apareciera simplificada y purificada. Estas operaciones deben unirse a otra: la integración. Es un modo curioso de segregación. Segregar por medio de la integración. Es curioso pero no infrecuente. Se trata de una verdadera fagocitación, operación que el capitalismo realiza a menudo para neutralizar los efectos “subversivos” de cierto pensamiento. Cuando el sistema convierte al “Che” en remera, lo fagocita, lo neutraliza y lo segrega, no a él, sino a sus ideas. La internacionalización de Lacan no sería un detalle menor en este movimiento si, como afirmó Samuel Basz, hace muy poco tiempo, en Caracas empieza el fin del monopolio de la IPA. La utilización del término monopolio nos advierte de qué se trata: de una cuestión de mercado.

Antes de seguir, conviene mirar un poco las cosas desde otra perspectiva, porque si bien es cierto que Miller podría haber dicho no, también lo es que Lacan, en vida, avaló cada uno de los movimientos de su yerno; sin embargo, esta otra perspectiva no implica aceptar entonces la legitimidad de lo realizado por Miller ya que fue avalado por Lacan; no, la otra perspectiva significa mirar las cosas desde la transferencia. Vamos a dar un rodeo, una digresión, y ese rodeo se llama Freud; Freud y su transferencia sobre Jung. Él se da cuenta de que el psicoanálisis estaba

---

<sup>27</sup> Sergio Campbell, Apuntes sobre la segregación I. silenciar al apeestado.







asediado y cercado, podríamos decir, segregado, y que la aparición de Jung fue providencial. Las diferencias con el joven suizo estuvieron presentes desde el inicio de la partida, desde ese momento en que reunidos por primera vez en Viena, Freud recusó la inclinación de Jung por el espiritismo; sin embargo hizo caso omiso de las diferencias porque más allá del frío cálculo sobre el futuro del psicoanálisis, hubo algo que escapó del álgebra freudiana. Algo hubo en el joven psiquiatra suizo para que el maestro detuviera allí su mirada, algo “vio” para que aquello que se había abierto con Fliess y no se había cerrado, encontrara un destinatario. Si como el mismo Freud afirmara, el *selbstanalyse* es imposible, y si como Mannoni escribió, Fliess fue el depositario de la transferencia, el final de la relación con su “otro” no significó la liquidación de la transferencia. Se produce en ese momento, una de las paradojas de la historia del psicoanálisis. Embarcado en un *selbstanalyse* que no llega a su fin, se produce un cambio de posición que lo lleva a posicionarse como analista con la publicación de “La interpretación de los sueños”. ¿Podríamos afirmar que el libro funcionó como final y liquidación de la transferencia? A juzgar por la relación que estableció con Jung, podemos hipotetizar que no, que su *Traumdeutung* funcionó como final de su relación con Fliess pero no de su *selbstanalyse*; la transferencia quedó liberada pero no sepultada y Jung se hizo depositario de la misma. Es justo decir que cada movimiento tiene su particularidad, porque a Fliess, Freud lo consideraba un par, no así a Jung. Lo que hizo posible, en todo caso, que la transferencia hacia Fliess pasara a Jung, fue esa terceridad, ese lugar que Freud mismo llamó “otro”, tal como se lo dice por carta a Heinrich Gomperz a pocos días de la aparición de su libro de los sueños: “Si está dispuesto a aplicar el incontrovertible amor filosófico hacia la verdad de su vida interior, tendré mucho gusto en representar del papel del <otro> en este caso<sup>28</sup>.” Es en función de esta transferencia que Freud vislumbrará en Jung la salida. La salida fue la creación de la IPA y el nombramiento de Jung como primer presidente de la misma, decisión que lo llevó a una posición incómoda con el grupo vienés. La salida para Freud significaba salir del gueto judío a través de la internacionalización del psicoanálisis. La palabra internacional no debe ser pasada por alto, como tampoco podemos pasar por alto la palabra mundial, utilizada por Miller. ¿Qué consecuencias trae para el psicoanálisis una mundialización?

Si hubo en Freud un deseo internacional, no queda claro que ese deseo hubiese pasado a Lacan, pues a su escuela la nombró de París, algo a lo que nunca renunció, incluso luego de disolverla: “voy a volver porque mi práctica está aquí” dice el 10 de junio de 1980 cuando se

---

<sup>28</sup> Correspondencia de Sigmund Freud, T. II, Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 1999.





despide antes de partir a Caracas, ligando el psicoanálisis a su práctica. En cambio sí podemos ubicar ese deseo en Miller: “Caracas es el efecto del deseo de Miller”, dice Graciela Brodsky. Todos sus movimientos pueden ubicarse en esa dirección. Pero daremos un ejemplo más que ilustrativo. En una entrevista realizada por la Televisión de Girona en el año 2013, hace una especie de relato de su vida, sus momentos de militancia, su momento de comenzar análisis, y sobre el final, se refiere a Freud para parafrasearlo y dice que la felicidad es realizar los sueños de juventud. Es curiosa la referencia a Freud; el maestro vienés se refería a los sueños de infancia, y estaban relacionados con viajar, viajar como un modo de escape a la pobreza que lo rodeaba. Miller desplaza la infancia a la juventud, esa juventud a la que se había referido al recordar su militancia maoísta, hasta que conoció a Lacan. Sin embargo, Miller no se refiere a los viajes y entonces debemos preguntarnos cuál era ese deseo juvenil. Entonces el modelo maoísta retorna y se entiende por qué mencionaba ese momento de su vida: La toma del poder yendo de la periferia al centro. Hay que decir que él ocupó, en el círculo de Lacan, rápidamente un lugar central. Así como Freud vio algo en el joven Jung, algo vio Lacan en el joven Miller, tal vez el mismo algo, la misma voracidad de mundo. Este “algo”, esta voracidad puede ser pensada desde la *fascinatio*. La mirada queda cooptada en un rasgo del otro. Freud fascinado por Jung, Lacan fascinado por Miller desde que lo interpeló en una sesión de su seminario, el primero en la ENS. Es decir, a cada partenaire su parte, y es por eso que resulta importante destacar el gesto de algunos, que le dijeron no, a Lacan; no a formar parte de una escuela/familia, no a formar parte de la troupe de los que aún lo amaban. Volviendo a la entrevista, él dice que es feliz porque parafraseando a Freud, se cumplieron sus deseos de juventud, y lo dice cuando estaba hablando de las antenas de la AMP, o sea, del alcance mundial de su organización, es decir, de su poder; poder demostrado al lograr la liberación de una analista iraní, encarcelada por el gobierno de dicho país; poder demostrado cuando llama a los psicoanalistas del mundo a votar por Macron; poder para hacerle decir a Lacan lo que no dijo; poder de no permitirle decir a Lacan lo que dijo. Una recopilación de algunos de estos actos de censura fue escrita por Jean Allouch en el artículo “Lacan censurado” publicado en la *Revue de psychanalyse Littoral N° 13*, publicada en París en el año 1983 y traducido y publicado en castellano en el año 1986, en el *N° 1 de Littoral, textos de psicoanálisis*. En ese artículo puede verse el proceder, el método de Miller para cumplir con su objetivo, explicitado en Caracas en 1979: simplificarlo y purificarlo.

Vamos ahora, en este apunte que trata sobre la segregación, a esta otra palabra: purificarlo.





¿Qué significa la purificación? Se trata, en principio, de un proceso por el cual se eliminan las imperfecciones o lo extraño de algo, para que recupere su esencia. Curiosamente, se relaciona con la catarsis griega, dándole diferentes sentidos, según se tratara de una purificación estética, religiosa, filosófica o fisiológica. Pero más allá de ciertas diferencias, el sentido inicial de eliminar los elementos extraños a un cuerpo, se mantiene. Vamos a tomar el sesgo religioso por las implicancias que tiene. En primer lugar porque se trata de un ritual, y en segundo lugar porque efectivamente recae sobre el cuerpo como asiento del alma. Purificar el cuerpo para salvar al alma. Purificar entonces significa quitar lo malo, lo impuro, lo que supone entonces, la existencia de lo puro y que, por los avatares de la existencia, se ensucia, se llena de impurezas. Si hay un Lacan impuro, hay que suponer un Lacan puro al que hay que rescatar quitándole las impurezas a través de rituales. El establecimiento del seminario, ¿sería el ritual? El ritual comienza entonces con dotar a la enseñanza de Lacan de un cuerpo, en este caso textual, tal vez por eso se trate de El seminario, cuerpo único e indivisible, cuerpo sobre el que recaiga el proceso de purificación para obtener un Lacan refinado, purificado y canonizado: “Me viene esta imagen, grecorromana una vez más: Lacan haciendo de Harpócrates, desnudo como Eros, el índice sobre los labios, me mira. Obedezco al dios, y me callo.” Así finaliza el libro de Miller titulado *Vida de lacan*.

Tal vez pareciera contradictorio unir la segregación a la canonización, sin embargo ya sabemos que la vida de los santos está hecha de olvidos y recortes, operaciones de purificación, sin duda, para que la canonización sea incuestionable. Hacer desaparecer las rispideces, las contradicciones de un pensamiento vivo, es la segregación necesaria para la elevación. Cómo no recordar el camino de las almas griegas al mundo del Hades. ¿Significará también que hay que sumergir su enseñanza en las aguas del lethe para que emerja de ahí un Lacan purificado, libre de mácula, libre de mundo dado que lo inmundo es lo que se encuentra en el mundo? En este proceder encontramos el núcleo de la segregación de la enseñanza de Lacan, Segregación que abre y cierra Miller: en 1979 enunciando la tarea, en 2020, anunciando que no habrá seminario XXVI ni XXVII.

Si como dijo Graciela Brodsky, Caracas fue el efecto del deseo internacional de Miller, bien podemos decir que, para que dicho deseo internacional se cumpla, hay que pagar el precio que no es otro, tal como lo afirmó Lacan, que la segregación, en este caso, de su enseñanza.